



**EDGAR ALLAN
POE**

**EL BARRIL
DE AMONTILLADO**

Traducción: Carmen Torres Calderón Pinillos
Prólogo de Martín Cid

MC

EL BARRIL DE AMONTILLADO
EDGAR ALLAN POE

El Barril de Amontillado

Autor: Edgar Allan Poe

Traducción: Carmen Torres Calderón Pinillos

Año: 1846

Edita: Martin Cid

<https://www.martincid.com>

EDGAR A. POE

En las noches blancas de Baltimore, en unos comicios apaciblemente trucadas, una figura pálida como un cuervo fue hallada en un callejón oscuro. La agonía duró varios días. Sólo despertó unos momentos para pronunciar, a modo de epitafio, sus siguientes últimas pala-bras: «Dios se apiade de mi pobre alma».

El caballero llevaba un bastón de elevado precio, que había confundido con el suyo por error, y unas ropas diferentes. Durante décadas, se especuló con la muerte del poeta. Unos decían que había muerto de un ataque de alcoholismo, otros de fiebre cerebral, y una tercera hipótesis apuntaba a que sufrió una mordedura de un animal rabioso (de ahí a convertir al animal en un gato negro sólo restaba un paso).

Edgar A. Poe había muerto. Casos y cosas: tachado de alcohólico, de opiómano, de crítico soez, de poeta menor... Poe cometió un único pecado en su vida: perder a sus padres, actores itinerantes. Tenía pocos años, y los hermanos pasaron a ser tutelados por diferentes personas. A Edgar le cayó en suerte un tío suyo llamado John Allan (apellido que el autor conservaría toda su vida). La relación con su tutor no fue del todo cordial (según apuntan algunos biógrafos Edgar conocía algún secreto de la vida de John Allan quien, por cierto, reconocería a varios hijos ilegítimos). John Allan, a pesar de gozar de una buena posición social y económica (más tarde sería aún mejor gracias a una herencia) no tenía el don de la magnanimidad: cuando Edgar fue a la Universidad, la asignación de su tutor apenas cubría los gastos de matrícula, por lo que Poe tuvo que ganar el dinero de la mejor manera: jugando a las

cartas (de ahí otro de los mitos que dieron sombra a la figura de Poe: el del jugador que jamás llegó a ser). Sus deudas llegaron a más o menos dos mil dólares, lo que constituía una pequeña fortuna en aquella época. Pero todo esto tuvo una consecuencia aún más grave, la ruptura definitiva de Poe y su virginiano tutor.

Aquí comienza la historia patética y desconsiderada de un hombre de letras culto y con buena educación, un «aristócrata sin dinero», como él mismo solía llamarse. Poe fue un pionero, uno de los primeros hombres de letras en vivir exclusivamente de su pluma (muy a su pesar, ciertamente: siempre anheló un puesto fijo como funcionario, como en caso de Melville). Y es que, como suele suceder, todo talento trae consigo un mal oculto, inherente a la propia condición del genio. Poe escribió cerca de novecientas críticas, y gracias a ellas pudo costearse la vida (amén de otras cosillas, como conferencias y los ridículos precios pagados por la publicación de sus obras). Otro dato: ninguno de sus libros vio una segunda edición (salvo un tratado sobre botánica que por el que fue acusado de plagio).

Poe trabajó para varias revistas en a lo largo de toda Norteamérica (Filadelfia, Nueva York, Boston y Baltimore principalmente). Si piensan, amigos lectores, que aquella América era diferente a la de ahora, se equivocan, quizá era aún más cercana a los mitos del salvaje oeste, y era aún más, si cabe, incivilizada que la que ahora conocemos por las vallas publicitarias. Era un mundo naciente en plena revolución industrial, y el papel de la literatura se circunscribía casi exclusivamente a su papel de entretenimiento (estaba mal considerado que un hombre sólo escribiese o se ganase la vida exclusivamente con las letras, paradojas de esta nuestra sociedad). Reinaba la ley de la selva: los derechos de autor no eran extensibles entre

Europa y América (por lo que una librería americana no pagaba un dólar por publicar a Dickens, y una inglesa no pagaba una libra por publicar una novela de Tarkington). El resultado era bastante curioso: no salía rentable apostar por talentos en América porque podían tener las tiradas seguras de Dickens (y viceversa).

Pasemos a Poe, personaje contradictorio donde los haya. A pesar de las desavenencias entre Poe y su tutor, el hombrecillo tuvo la mejor educación que el dinero pudo dar: internados, colegios privados, incluso la Universidad a la que sólo asistiría un curso tenía un celeberrimo fundador, T. Jefferson (el que fuera presidente de los Estados Unidos).

Poe fue siempre un caballero del sur, con todo lo que esto significa. Jamás trató en sus obras el tema de la esclavitud (sin duda por miedo a ser criticado, aún más si cabe) y su terreno no era el político (hubiese sido descabezado antes de empezar, si me permiten una suposición). Este bostoniano jamás perdería la educación ni las buenas y ancestrales costumbres, no fue el bohemio pegado a un vaso de absenta en que algunos parecen reconocerse. Poe tuvo que adaptarse a un mundo en cambio, en el que las viejas normas sociales se hacían añicos en pos de una sociedad de mercado, de la que él mismo se convertiría en un estandarte tras el éxito de «El Cuervo».

Este hombre de esmerada educación fue arrojado a un mundo que no venía en los libros de textos, un mundo alejado de su adorado Coleridge, un mundo de celos y de hombres sin talento que copaban fama y aplausos. En el colmo de su cerrazón: Poe no solía morderse la lengua ante los mediocres. No callaba porque no debía, si ofrecía críticas bondadosas el público se aburría, había que dar carnaza. Así se granjeó enemistades de costa a costa.

Las críticas de Poe abarcaban los temas más variopintos: desde arte hasta su especialidad, los temas científicos. Dirigió varias publicaciones, y fue su propia «Stylus» un proyecto quimérico que jamás llegó a ver la luz. Entre medias, escribió poemas y cuentos que, en el albor de su vida, le dieron la fama mundial.

Punto y aparte. Un francés amigo de las tabernas sería su inventor. Literatura y apariencia. Poe es y será una fuente inagotable de malentendidos y mentiras reiteradas. Su propio inventor se llamó Charles Baudelaire (decía rezarle antes de dormir). Tradujo sus cuentos (Mallarmé lo haría con esos poemas intraducibles debido a su sonoridad, y perdonen el consciente olvido de Paul Valéry) y diversos ensayos sobre su persona que pusieron el mito de Poe en lo más alto (y en lo más bajo).

Poe luchó toda su vida contra el estigma del alcohólico que jamás fue (parece ser que una dolencia cerebral le producía una tolerancia casi mínima a cualquier bebida: era capaz de estar ebrio con un vaso de Oporto); contra las malas lenguas que le tachaban de adicto al opio (otro favor de Baudelaire, que lo dedujo a partir de la traducción de una frase en «La maldición de la casa Usher») y la leyenda de crítico que se dejaba fácilmente dejar por la ira y la bilis de una vida desafortunada para dilapidar a sus coetáneos. Una nota para los amantes de los chismes: en cierta ocasión trató de suicidarse con láudano y tomó media onza (cantidad que el estómago siempre rechazará). ¿Qué prueba esto? Que nuestro Poe tenía poco conocimiento del láudano (que por aquel entonces se vendía como si fuesen aspirinas) y que, de haber hecho uso frecuente del mismo, jamás hubiese cometido semejante error.

Los decadentes tomaron a Poe como icono, más tarde lo harían los existencialistas (Sarte le dedicó un fantástico ensayo). Pero la persona que fue Poe estaba muy alejada de

los «ideales» que perseguían y perseguimos, si me permiten, los «malditos». Fue un hombre que buscaba inspiración en la iconografía medieval de Hoffman. Sus cuentos no hacen referencia a episodios alcohólicos y Poe jamás fue un escritor autobiográfico (como sí podría serlo Joyce).

Poe fue un aficionado a la matemática y las probabilidades, un entusiasta de la ciencia y un hombre de su tiempo, época y símbolo de nuevos descubrimientos. Quiso hacer de la poesía una ciencia de la inspiración, un entramado de imágenes que llevasen al lector al famoso «efecto único». Poe se inspiraba en las historias de los clásicos como Dante se inspiraba en Ovidio y Joyce en Homero (por citar a escritores tratados en nuestros ensayos).

Poe siempre quiso ser poeta y sólo las azarosas circunstancias de su vida le empujaron a la prosa. Casualidades del destino: quizá el autor de «El Cuervo» es más famoso por «Los Crímenes de la calle Morgue». Poe nunca fue ni será un escritor de esos que los académicos gustan de citar en sus eruditos opúsculos, nunca escribió «Guerra y Paz» o «La Divina Comedia», pero merece un lugar destacado en un hipotético banquete literario debido a la singular trascendencia literaria de sus obras.

Fue el pionero en muchos campos, siendo a su vez un clasicista consumado. Fue el primero en crear el personaje del detective que seguía el método deductivo para llegar a sus conclusiones. Pero el Dupin de Poe es muy diferente a un Hercule Poirot o un Sherlock Holmes, por citar sólo los dos ejemplos más conocidos. Pero también, ambos personajes toman mucho del gran Dupin. Poe dio con la clave, y los demás sólo han osado continuar la senda marcada por el maestro. Lo mismo sucederá con un hombre de singular talento (H.P. Lovecraft), quién debe más de lo que pensamos a su antecesor.

El mundo de Poe está conformado por recuerdos y acertijos, por enigmas envueltos en enigmas. Es un mundo de cosmogonía medieval e inventos científicos, péndulos que acechan en bustos de Palas y ángeles sobre el cieno de la conciencia. Es un mundo que evoca al pasado encontrado con aquel presente ahora pasado: la verdad demostrada y el leve transcurrir entre potencia y acto, inspiración poética, por encima de todas las cosas, sólo eso y nada más.

Lo había comprendido rápidamente: los dos pilares de la historia de la literatura, amor y muerte, Annabel Lee.

«Tamerlán y otros poemas» (1827) y «Al Aarab» (1829) constituyen sus primeras contribuciones (mientras estaba en West Point, sus compañeros de barracón hicieron una colecta para que el hombrecillo publicara su obra). Fueron días penosos, en los que no sabía muy bien qué hacer para obtener fondos. Es entonces cuando, allá por 1836, su relato «Manuscrito en una botella» obtiene el premio patrocinado por el Southern Baltimore Messenger. Desde entonces, Poe alternará sus labores como crítico y prosista (y nunca abandonará, hasta el final de sus «trágicos» días, la poesía).

Poe obtiene cierto éxito por sus obras, aunque nunca el que un caballero del sur hubiese deseado, ya que las grandes editoriales, alentadas por sus importantes (importantísimos en aquellos tiempos) enemigos le cerraban las puertas. Se valió de sus armas de periodista, y junto a los artículos, las revistas que dirigía (en varias ocasiones fue editor, ya bien detentase el cargo o no) publicaban sus poemas. «El Cuervo» fue la primera obra en obtener un éxito sólo a partir de la publicación en los diarios y revistas literarias.

Su obra más perfecta (o al menos la que el mismo Poe tenía en más alta estima) es «Eureka», poema cósmico escrito en prosa con un sátiro tiralíneas. Aquí encuentran cabida todas las obsesiones científico-metafísicas del autor y tiene lugar lo que cualquier poeta ha pretendido alguna vez: organizar su cosmos poético. «Eureka» es un ensayo de la inspiración, o una inspiración con forma de ensayo: no... o sí. Es la obra más personal, ya que las preocupaciones matemáticas y poéticas por fin tienen consonancia. Hay diálogos con Aristóteles y fórmulas de Kepler, y la palabra, al fin, toma forma mediante la combinación (muy en la línea cabalística) de las letras y sus sonidos. El cosmos de un hombre que recompone el mundo, un Prometeo jugando con su destino, tentando la justicia divina. Como diría Nietzsche, humano, demasiado humano.

«Eureka» es la explicación de la obra de un autor genial en su forma, cuidadoso hasta el máximo y extremo como sólo los mejores pueden permitirse. Su (a veces denostado) comentario a «El Cuervo» encuentra su mejor significación en una obra dedicada a un lector que piensa y siente, más allá del texto, que lo recompone y le da forma en sus propios recuerdos.

Y es que cabe preguntarnos por qué, a pesar del tiempo y de lo lejano que a veces nos pudieran resultar los temas tratados, las historias siguen tan vivas y causando el clima deseado (Poe siempre habló del «efecto único» para explicar sus obras), por qué ese «paisaje protagonista» se sigue haciendo nuestro a pesar de que ni el mismo Poe conociera aquel París en el que sitúa las andanzas de Dupin. Una vela, un recuerdo atormentado, un efecto... Pero la prosa de Poe, hecha poesía y su poesía tan narrativa es sonoridad, efecto conseguido de un arquitecto de las palabras que disfrutaba engañando y aportando

explicaciones a hechos que, quizá, sólo puedan encontrarse en el alma de ese maldito que tampoco fue Baudelaire, eco de un Poe mitificado, por siempre, nunca más.

Martin Cid

EL BARRIL DE AMONTILLADO

HABÍA soportado lo mejor posible los mil pequeños agravios de Fortunato; pero cuando se atrevió a llegar hasta el ultraje, juré que había de vengarme. Vosotros, que tan bien conocéis mi temperamento, no supondréis que pronuncié la más ligera amenaza. Algún día me vengaría; esto era definitivo; pero la misma decisión que abrigaba, excluía toda idea de correr el menor riesgo. No solamente era necesario castigar, sino castigar con impunidad. No se repara un agravio cuando la reparación se vuelve en contra del justiciero; ni tampoco se repara cuando no se hace sentir al ofensor de qué parte proviene el castigo.

Es necesario tener presente que jamás había dado a Fortunato, ni por medio de palabras ni de acciones, ocasión de sospechar de mi buena voluntad. Continué sonriéndole siempre, como era mi deseo, y él no se apercebía de que ahora sonreía yo al pensamiento de su inmolación.

Fortunato tenía un punto débil, aunque en otras cosas era hombre que inspiraba respeto y aun temor. Preciábase de ser gran conocedor de vinos. Muy pocos italianos tienen el verdadero espíritu de aficionados. La mayor parte regula su entusiasmo según el momento y la oportunidad, para estafar a los millonarios ingleses y austríacos. En materia de pinturas y de joyas, Fortunato era tan charlatán como sus compatriotas; pero tratándose de vinos antiguos era sincero. A este respecto yo valía tanto como él materialmente: era hábil conocedor de las vendimias italianas, y compraba grandes cantidades siempre que me era posible.

Fué casi al obscurecer de una de aquellas tardes de carnaval de suprema locura cuando encontré a mi amigo. Acercóse a mí con exuberante efusión, pues había bebido

en demasía. Mi hombre estaba vestido de payaso. Llevaba un ceñido traje a rayas, y en la cabeza el gorro cónico y los cascabeles. Me sentí tan feliz de encontrarle que creí que nunca terminaría de sacudir su mano.

Díjale:

—Mi querido Fortunato, tengo una gran suerte en encontraros hoy. ¡Qué bien estáis! Pero escuchad; he recibido una pipa que se supone ser de amontillado, mas tengo mis dudas.

—¡Cómo! —repuso él.— ¡Amontillado! ¿Una pipa? ¡Imposible! ¡Y en mitad del carnaval!

—Tengo mis dudas, —repliqué;— y he cometido la bobería de pagar el precio completo del amontillado antes de consultaros sobre este punto. No podía encontraros y temía perder un buen negocio.

¡Amontillado!
Tengo mis dudas,
¡Amontillado!
Necesito aclararlas.

—¡Amontillado!
—Como estáis comprometido, iré a buscar a Luchresi. Si alguno puede decidirlo, será él. El me dirá...

—Luchresi no puede distinguir el amontillado del jérez.

—Y sin embargo, muchos opinan que es tan buen catador como vos mismo.

—¡Vamos, venid!

—¿Adónde?

—A vuestros sótanos.

—No, amigo mío; no quiero abusar de vuestros buenos sentimientos. Observo que estáis comprometido. Luchresi...

—No tengo compromiso; vamos.

—No, amigo mío. No es cuestión solamente del compromiso, sino del severo resfriado que os aflige, según veo. Los sótanos son húmedos. Están incrustados de nitro.

—Vamos allá, a pesar de todo. El resfriado no significa nada. ¡Amontillado! Seguramente que os han engañado. Y lo que es Luchresi, no sabe distinguir el jérez del amontillado.

Hablando así, Fortunato se apoderó de mi brazo; y después de cubrir mi rostro con una máscara de seda negra y ceñir estrechamente a mi cuerpo un roquelaure, permití que me arrastrara hacia mi palazto.

No había criados en la casa; todos habían salido a divertirse en obsequio a la ocasión. Habíales dicho que no regresaría hasta la mañana siguiente, a la vez que les daba órdenes explícitas de no abandonar el palacio. Sabía yo bien que dichas órdenes eran razón suficiente para provocar la desaparición inmediata de todos y cada uno de ellos tan pronto como hubiera yo vuelto las espaldas.

Cogí dos antorchas de sus candelabros y dando una a Fortunato le escolté a través de una serie de habitaciones hasta el pasillo que conducía a los subterráneos. Bajé una larga escalera de caracol, recomendándole tener precaución cuando siguiera este camino. Llegamos al cabo a la extremidad inferior del descenso, y nos detuvimos juntos sobre el húmedo suelo de las catacumbas de los Montresor.

La marcha de mi amigo era vacilante, y los cascabeles de su gorro repiqueteaban a cada paso.

—¿La pipa? —preguntó.

—Está más allá, —respondí yo; — pero fijaos en las blancas telarañas que relucen en los muros de estas cuevas.

Volvióse hacia mi y me miró con turbias pupilas que destilaban el reuma de la embriaguez.

—¿Nitro? —inquirió, al fin.

—Nitro, —afirmé.— ¿Cuánto tiempo hace que tenéis esta tos?

—¡Ugh! jugh! jugh! . . . jugh! jugh! jugh!

Mi pobre amigo se encontró incapaz de contestar durante largos minutos.

—No es nada,— dijo al cabo.

—¡Vámonos! — exclamé entonces con decisión,— regresemos; vuestra salud es preciosa. Sois rico, respetado, admirado, amado; sois feliz, como lo era yo en otro tiempo. Sois un hombre que haría falta. Para mí esto no significa gran cosa. Regresemos; enfermaréis, y no quiero ser el responsable. Además, allí está Luchresi . . .

— Basta, — declaró Fortunato; — esta tos no vale nada; no me matará. No moriré, por cierto, de un resfriado.

— Es verdad, es verdad, — repliqué; — ciertamente que no era mi intención alarmaros sin motivo; pero debéis tomar todas las precauciones necesarias. Un trago de este Médoc nos preservará de la humedad. —

Diciendo estas palabras rompí el cuello de una botella que cogí de una larga hilera de sus compañeras que yacían entre el polvo.

— Bebed, — dije, presentándole el vino.

Levantólo hasta sus labios mirándolo amorosamente. Detúvose luego y me hizo un signo familiar con la cabeza mientras sus cascabeles repiqueteaban.

— Brindo, — dijo, — por los muertos que reposan a nuestro alrededor.

— ¡Y yo, por vuestra larga vida! —

Tomó mi brazo de nuevo, y proseguimos.

— Estas catacumbas son extensas, — opinó.

— Los Montresor, — repuse, — eran una antigua y numerosa familia.

— No recuerdo vuestras armas.

— Un gran pie humano de oro sobre campo de azul; el pie destroza una serpiente rampante cuyas fauces están incrustadas en el taco.

— ¿Y el lema? —Nemo me impune lacessit

— ¡Bien! — exclamó.

El vino chispeaba en sus ojos, y los cascabeles vibraban. Mi propia fantasía se exaltaba con el Médoc. Pasábamos entre grandes montones de esqueletos mezclados con barriles y toneles en lo más profundo de las catacumbas. Me detuve nuevamente y esta vez me atreví a coger el brazo de Fortunato arriba del codo.

— ¡El nitro! —exclamé;— mirad, aumenta ahora. Cubre las paredes como musgo. Nos encontramos ahora bajo el lecho del río. Las gotas de humedad escurren entre los huesos. Venid, retrocedamos antes que sea demasiado tarde. Vuestra tos...

— No vale nada, os digo, —insistió él.— Prosigamos. Pero antes, venga otro trago de Médoc. —

Rompí una botella de Grave y se la pasé. Vacíola de una vez. Sus ojos relampaguearon con brillo feroz. Rió, y arrojó lejos la botella con un gesto que no pude comprender.

Miréle sorprendido. Repitió el movimiento, algo grotesco.

— ¿No comprendéis? — preguntó.

— No, por cierto, — repliqué.

— Entonces no pertenecéis a la hermandad.

— ¿Cómo?

— No, sois masón.

— Sí, sí, —aseguré,— sí, sí.

— ¿Vos? ¡Imposible! ¿Masón?

— Masón, —reliqué.

— Un signo, —dijo,— un signo. — Aquí está, — respondí, sacando una llana de entre los pliegues de mi roquelaure.

— ¡Os burláis! —exclamó, retrocediendo algunos pasos. Mas veamos el amontillado.

— Sea así, —repuse, colocando de nuevo la herramienta debajo de mi chaqueta, y ofreciéndole otra vez el brazo, sobre el cual se apoyó pesadamente. Continuamos la ruta en busca del amontillado. Atravesamos una arquería baja, descendimos, seguimos adelante y, descendiendo de nuevo, llegamos a una profunda cripta donde la pesadez del aire ahogaba nuestras antorchas sin permitirles flamear.

Al fondo de esta cripta aparecía otra algo menos espaciosa. Sus muros estaban cubiertos de restos humanos alineados hasta la altura de la cabeza, a la manera de las grandes catacumbas de París. Tres lados de la cripta interior estaban aún decorados en esta forma. En el cuarto, los huesos se habían arrojado al suelo y yacían en promiscuidad formando en cierto sitio un montón de regular tamaño. Dentro del muro, puesto así al descubierto por el retiramiento de los esqueletos, apercibimos todavía otra cripta o nicho interior de cuatro pies de profundidad y tres de anchura por seis o siete de altura. Parecía no haberse construido con propósito alguno especial, sino que formaba simplemente el espacio intermedio entre dos de los pilares colosales que sostenían el techo de las catacumbas; y tenía al fondo uno de los muros divisorios de sólido granito.

En vano Fortunato, levantando su moribunda antorcha, trató de escudriñar el interior del escondrijo. Su débil luz no nos permitió inspeccionarlo en su totalidad.

— Adelante, —dije yo, — allí está el amontillado. Y en cuanto a Luchresi...

— Luchresi es un ignorante, —interrumpió mi amigo, avanzando con pasos vacilantes mientras yo seguía, pisándole los talones. Llegó en un momento hasta el fondo del nicho y al encontrarse detenido por la roca, quedó

estúpidamente asombrado. Un instante más, y le había yo encadenado contra el granito. Había dos anillos de hierro a distancia de dos o tres pies más o menos uno de otro, horizontalmente. De uno de ellos pendía una cadena corta y del otro un candado. Arrojando los eslabones sobre su cintura, fué para mí labor solamente de unos cuantos segundos asegurarle. Estaba demasiado atónito para resistir. Retirando la llave, salí fuera del escondrijo.

— Pasad la mano sobre el muro, —insinué;— no podéis dejar de sentir el nitro. En verdad, está eso muy húmedo. Dejadme implorar una vez más vuestro regreso. ¿No? Entonces, positivamente, me veré obligado a abandonaros. Pero antes quiero haceros todas las pequeñas atenciones que estén a mi alcance.

— ¡El amontillado! — profirió mi amigo, sin recobrase aún de su estupor.

— Es verdad, —repliqué,— el amontillado.

Diciendo estas palabras, me dirigí a la pila de huesos de que antes he hablado. Arrojándolos a un lado, descubri pronto una cantidad de piedras de construcción y argamasa. Con estos materiales y con ayuda de mi llana, comencé a tapiar vigorosamente la entrada del nicho.

Apenas habría colocado la primera hilera en mi labor de albañilería, cuando pude notar que la embriaguez de Fortunato había desaparecido casi por completo. La primera indicación que tuve de ésta circunstancia fué un sordo y lúgubre lamento que partía del fondo del nicho. No era el lamento de un ebrio. Hubo luego un largo y obstinado silencio. Coloqué la segunda hilera, y la tercera, y la cuarta, y oí entonces furiosas sacudidas a la cadena. El ruido se prolongó por varios minutos, durante los cuales abandoné mi trabajo para escuchar con más satisfacción, y me senté encima de los huesos. Cuando cesó al cabo el chirrido, cogí de nuevo la llana y continué sin interrupción la quinta, sexta y séptima ringlera. El muro elevábase

entonces casi a nivel de mi pecho. Me detuve otra vez y levantando la antorcha sobre la abertura, arrojé algunos débiles rayos de luz sobre la figura encerrada dentro.

Una explosión de agudos y penetrantes gritos, brotando súbitamente de la garganta de la encadenada forma, pareció como si me lanzara violentamente hacia atrás. Por breves instantes temblé, vacilé. Desnudando mi puñal, comencé a tentar el fondo del nicho; pero un momento de reflexión me tranquilizó. Puse la mano sobre la sólida construcción de las catacumbas y me sentí satisfecho. Me aproximé nuevamente al muro, y respondí a los clamores que Fortunato lanzaba. Híceles eco, los sostuve, los sobrepujé en fuerza y en volumen. Cuando hice esto, los gritos se apagaron.

Era ya la media noche y mi tarea iba a concluir. Había completado la octava, la novena y la décima hilera. Terminaba casi la última, la undécima; faltaba colocar una piedra solamente y la argamasa para asegurarla. Luchaba con su peso, y la había colocado a medias en la posición deseada, cuando partió del fondo del nicho una risa débil que puso los pelos de punta sobre mi cabeza. Sucedióla una voz lastimosa que con dificultad pude reconocer como la del noble Fortunato. La voz decía:

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah!... ¡eh! ¡eh! ¡eh!... muy buena broma en verdad, una broma magnífica. Reirémos de buena gana muchas veces acerca de esto en el palazzo, ...¡eh! ¡eh! ¡eh!... nuestro vino... ¡eh! ¡eh! ¡eh!

— ¡El amontillado! — dije yo.

— ¡Eh! ¡eh! ¡eh!... ¡eh! ¡eh! ¡eh!... sí, el amontillado. Pero ¿no está haciéndose ya muy tarde? ¿No estarán aguardándonos en el palazzo la señora de Fortunato y los demás? Vamonos ya.

— Sí, —dije yo;— vamonos ya.

— Por el amor de Dios y Montresor!

— Sí, —repetí;— ¡por el amor de Dios!

Mas aguardé en vano respuesta a estas últimas palabras. Me impacienté. Llamé en alta voz:

— ¡Fortunato! —

No obtuve contestación. Llamé de nuevo: Tampoco hubo respuesta. Introduje una antorcha por la abertura que quedaba y la dejé caer dentro. Sólo respondió un repiqueteo de los cascabeles. Mi corazón se oprimió; sin duda la humedad de las catacumbas era la causa. Me apresuré a terminar mi labor. Forcé la última piedra hasta colocarla en posición, luego la aseguré con argamasa. Contra la nueva obra de albañilería elevé la trinchera de huesos. Por más de medio siglo ningún mortal los ha removido jamás.

¡In pace requiescat!

FIN